

LA CHISPA

Semanario Satírico-Republicano
ÓRGANO DEL SENTIDO COMÚN EN LA PROVINCIA

ANUNCIOS Y COMUNICADOS
Precios convencionales

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

SUSCRIPCION

En Valdepeñas, un mes. . . . 0'25 peseta.
Fuera, trimestre. . . . id.
Pago adelantado.

NUMERO SUELTO

5 CÉNTIMOS

Atrasado 25

25 ejemplares

90 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia al
Administrador, Agustín Rodríguez
Cruces, 28.

AÑO II

Valdepeñas 24 de Marzo de 1906

NUM. 29

El crimen de la calle del Cristo

Por última vez nos vamos a ocupar de este triste asunto; como hombres y como periodistas creemos haber cumplido estrictamente con nuestro deber.

No hemos buscado al tratar este asunto, popularidad alguna, primero romperíamos nuestra pluma para siempre, si a cambio de engruimientos personales pudieran las cosas justas alejarse del camino recto que deben seguir.

Si hemos de decir al pueblo algunas verdades, en esta campaña que emprendí con fe sincera, con grandes entusiasmos, exponiendo quizá mi vida, me he encontrado sólo en la prensa, completamente sólo, la anciana que apareció asesinada, podemos decir hasta hoy, que no ha tenido más defensor ni más hijo (permítaseme el símil) que el que esto firma.

¿Y qué me ha valido esta campaña? Enemistades y rozamientos, se me ha aplaudido por el pueblo sano, por el pueblo que ni tiene credencial ni la espera, pero en cambio ¡cuántos sinsabores, cuántas amarguras he saboreado! Los alabarderos que escoltan la mentira, los serviles que doblan su rodilla ante el amo aunque este amo sea el jefe de un partido monárquico, todos, todos como jauría infernal se han ensañado en mi humilde pero limpio nombre.

Son los malditos del Tenorio, que gritan desaforadamente turbando la paz del que escribe verdades como puños, es la irredenta turba de Escarpas que rodea a la Tosca moderna llamada virtud, son los Barkilphedros que pierden su ser ideal para tomar

carne de la realidad, aunque esta carne sea desgajada de las mandíbulas del hombre horrible que lleva fielmente impresa la mueca del goce, llevando en su alma la negrura de un sufrir sin límites y sin embargo ni aun me permito decir con el Brack de «Los espectros» «Pero ¡Dios poderoso! ¡esas cosas no se hacen!»

Bien es verdad que, como el héroe Ibseniano, aun no ha llegado para mí la hora de los desvanecimientos.

Un día (y ahora permítame pueblo que hable de mi yo personal) emprendo una campaña contra el partido de las basuras, y claman indignados pero indignados con cuenta gotas, los sebastiánistas, diciendo que estoy vendiendo a los liberales, otro día emprendo la campaña en favor del pobre S. Blás, y al poco rato la maledicencia serpentea con frases intencionadas por los oídos de la despreocupación haciendo prosélitos en contra de mi honrado nombre, después viene el asunto del Crimen, y no se me deja pasar a la Carcel, y se me atropella, la prensa calla, los honrados permanecen silenciosos y la extravagante jauría de memos y envidiosos levante su estudiado apóstrofe, «Molina se ha vendido» y así de canallada en canallada, resulta que a creer a mis enemigos, yo soy el espíritu del mal, ni he respetado doncella, ni he dejado de vender la honra y hasta si siguen así me presentarán al pueblo, no como literato en ciernes, sino como bandido de camino ó como fabricante de moneda falsa.

¡Cuánta estupidez! ¡Cuánto disparate! Yo que consagro mi vida entera, mi alma toda a la redención de los humildes, yo que no descanso, (con febril

preocupación de trabajar,) ni un solo momento, soy burgués ante los obreros, anarquista ante los capitalistas, Lucifer en las sacristías, reaccionario entre los revolucionarios, soy el espíritu de la contradicción.

Despachaos a vuestro gusto, malditos del Tenorio, hay una cosa, que se llama sentido común, y un adjetivo que le titulan vergüenza, de lo primero andais desposeídos hace mucho tiempo, lo segundo se ejercita poniendo siempre la firma al pie de lo que se escribe, y eso vosotros no lo haceis, no lo podeis hacer, no lo ejercitareis jamás. Yo... y basta.

Cayetano Molina.

Al digno Sr. Juez

D. Antonino García Gutiérrez

Pocas veces se empleará el adjetivo, digno; tan justamente como en esta ocasión, y decimos esto sabiendo que el señor García Gutiérrez, es enemigo campal no solo de que se elogien sus buenas cualidades, sino de que se aplaudan sus hechos.

A nosotros no se nos puede tache de que prodigamos aplausos innmerecidos; precisamente nuestro periódico parece ser la moderna linterna del Diógenes moderno, que va buscando hombres sin encontrarlos, decimos esto, porque en el señor García Gutiérrez hemos observado una irreprochable conducta, una fe ciega en la verdad, un amor sin límites para con la justicia, es lo que se puede llamar UN HOMBRE.

Por eso esta redacción, confía mucho en que resplandecerá brillante y hermosa la Justicia,

triunfando la Razón, por lo mismo que nos inclinamos a creer que las declaraciones que nuestro director debe haber prestado en este Juzgado en el asunto de la carta, habrán seguramente, sido apreciadas convenientemente por el señor García Gutiérrez, y más aún, si ha comunicado al digno Juez, las razones que le han impulsado a publicarlas.

Con hombres como el señor García Gutiérrez, la Verdad y la Razón triunfan siempre, por eso no somos escépticos ni desconfiamos en que vendrán días mejores para nuestra patria y la regeneración de este pobre país llegará en plazo más ó menos lejano a ser un hecho.

La Redacción.

Las queridas de los Delegados

Entre las palabras que el Diccionario de la Lengua Española encierra, por lo visto las más queridas de los Delegados con la Razón, la Verdad y la Justicia.

Si las columnas del Diccionario, ó los tomos del Diccionario fueran calles, seguramente nuestros Delegados de policía encontrarían en cada calle, una palabra querida.

Y claro, al fin y al cabo son hombres que están ahora en la primavera de la vida, en lo mejor de su edad, que es cuando está el hombre en excelentes condiciones para buscar la etimología de sus más queridas palabras.

Y no solamente esto, sino que aquella máxima de Jesucristo «Creced y multiplicaos», tiene aplicación también a las palabras queridas, por muy estériles que sean sus sílabas, por la sencilla razón de que existen palabras